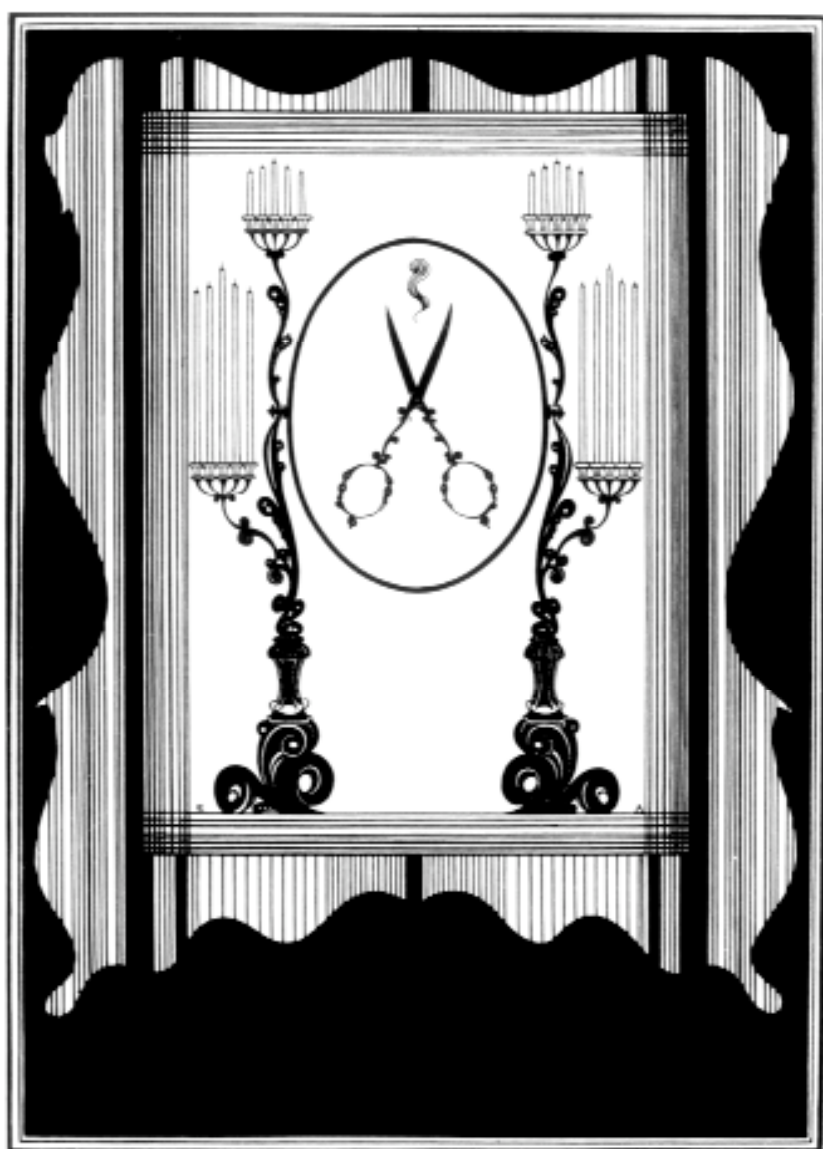


Crying in the Rain

Anamari Gomís

En este fragmento de novela inédita, Anamari Gomís —autora de La portada del sargento Pimienta, Ya sabes mi paradero—reconstruye la visita del presidente Kennedy a nuestro país en 1962 al tiempo que revisa una edad no menos mitológica: la adolescencia.



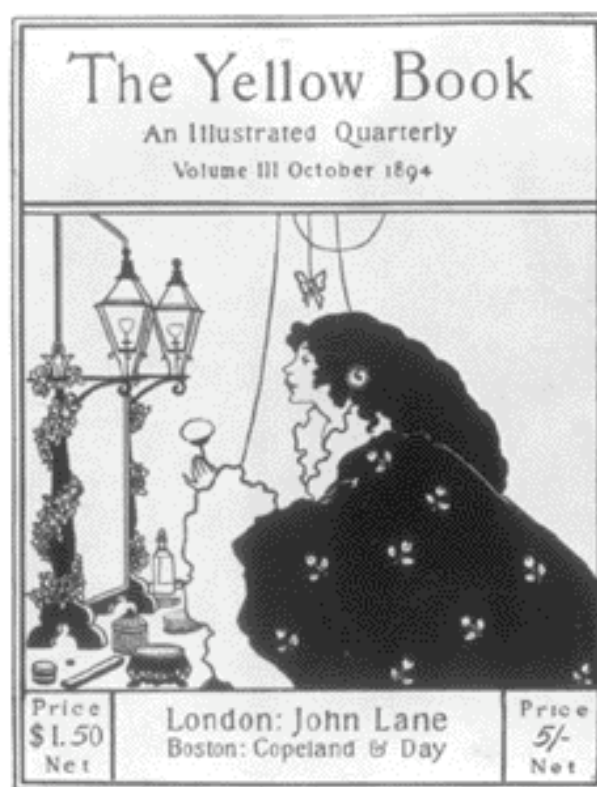
Aubrey Beardsley, diseño para la cubierta del libro *The Rape of the Lock*, 1896

En los preparativos para la llegada del presidente John F. Kennedy a México se pensaba en una figura grácil y juvenil que acompañara a la fascinante y refinada primera dama de los Estados Unidos. Mirna Alexander había sido la elegida tan pronto como el embajador Mann masticó la idea y dio con la imagen de la hija de su buen amigo, David Alexander, marcada en su memoria. Mirna Alexander sería la núbil escolta de Jacky Kennedy. Según afirmaba la Casa Blanca, la joven señora Kennedy hablaba castellano, pero la manera tan fluida, tan confiada en que Mirna dominaba los dos idiomas le allanaría a Jacqueline, la preferida de los dioses, su paso oficial por México. El jefe de misión diplomática enviado por el gobierno de Washington mantenía informado al eficaz y todopoderoso estado mayor presidencial mexicano acerca de los menesteres concernientes a la visita del máximo jefe estadounidense, así que pronto se tuvo conocimiento de que Mirna Alexander realizaría la tarea amable de fungir un poco como la cicerona de la cónyuge del presidente de los Estados Unidos. Sin embargo, Mirna compartiría con otros muchos su tiempo cerca de Jackie. Revolotearían alrededor de la señora Kennedy, tan de pelo oscuro, muchos personajes, entre otros Avecita, la hija del primer mandatario mexicano, un presidente guapo, viajero y encariñado con los anteojos ahumados.

Mirna palpitaba de entusiasmo con la misión que se le había encomendado. Sus padres amanecían y anochecían henchidos de orgullo. *Mister Alexander* era un inveterado demócrata, aunque un *yankee* tranquilamente

asentado en México desde hacía varios años, gracias a Procter and Gamble y a su sucursal en México. Pero era americano, creía que la vida debía construirse como un juego de *baseball*, con decisión, aunque de manera estratégica. Toda su vida se había desempeñado como un empleado modelo, lo mismo que como marido y como padre. Se declaraba agradecido con la vida por la llegada de John F. Kennedy, a quien podría saludar gracias a su amistad con el embajador Mann. Ese instante esplendoroso lo resarciría de la pesadumbre, aunque sólo fuera durante un rato, de haber padecido junto con su esposa y sus hijas el infierno en que los sumió la terrible magulladura de su último hijo, el único varón, afectado desde su gestación por una medicina maléfica que le administraron a muchas embarazadas del mundo como algo inocuo, que evitaba las náuseas del primer trimestre de gravidez: la talidomida, que deformaba, como se supo más tarde, a los fetos. Por fortuna para todos, para el propio niño, su condición física era endeble y no logró sobrevivir a las múltiples deficiencias que flagelaban su cuerpo bastante incompleto. Murió a los pocos meses de haber llegado al mundo. Una mezcla intensa de dolor, alivio y culpa mantenía martirizado al señor Alexander. Él mismo había alentado a su mujer para que tomara la famosa medicina contra los ascos matutinos de los primeros meses de preñez. Ahora no le quedaba más que acoplarse a los designios del destino. “Sólo Dios sabe...”, como decía su mujer, “...por qué pasan así las cosas”. Se lo repetía en español, como para sacarle todo el sentido a la frase enigmática que debía aminorarle la sensación de estar en falta. El sentimiento casi criminoso, sin embargo, lo empujaba a que todas las noches, después de la jornada de trabajo, por lo regular fructífera, bebiera tres o cuatro *shots* de *bourbon*, que le daban ánimos y lo conducían suavemente a la cama, sin pensar ya mucho en su *poor baby*, en su pequeño George, a quien había nombrado a partir del primer presidente de los Estados Unidos, George Washington, para ungir a su hijo de fortaleza. “San Jorge mataba dragones”, lo secundó su mujer. “Es un nombre brioso y varonil”. De nada sirvió. George “se fue al cielo” con un brazo mocho, medio pulmón sin desarrollarse, sin oreja izquierda y con una piedad corta como la de un batracio. Una verdadera pena. Mirna y sus hermanas experimentaron la fluctuación de encontrados sentimientos hacia el pequeño hermano: a veces las asfixiaba la compasión y otras una sorda vergüenza. George sobrevivió dentro de su cuna unos meses, lleno de mimos y del espanto de toda su familia.

Sus tres hijas, sin embargo, le proporcionaban a *Mister Alexander* una grata sensación de paternidad bien cumplida. Mirna era una estudiante que sacaba puro diez, bella, buena y decente, y por todo eso representaría a la familia Alexander, originaria de Baltimore, Maryland, ante la primerísima dama de los Estados Unidos. *Mister*



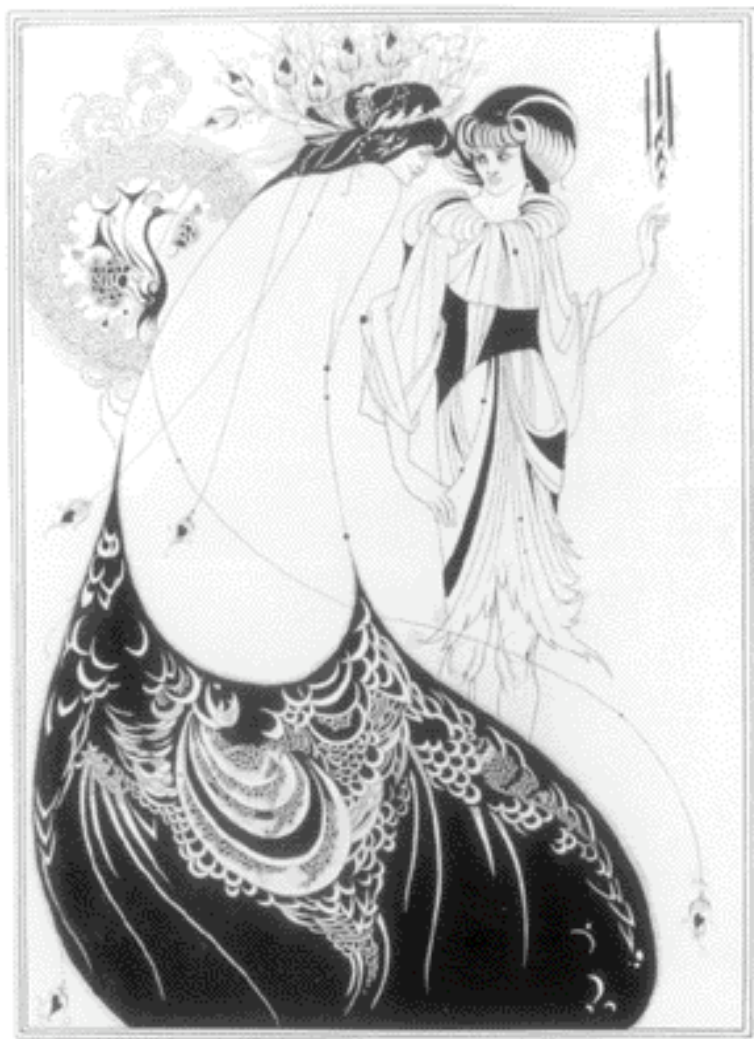
Aubrey Beardsley, diseño de la portada del libro *The Yellow Book*, 1894

Alexander se servía otro poco de *bourbon* y respiraba henchido de un volátil bienestar, agradecido porque la memoria de George y de su desgracia se le desvanecía como un mal sueño. A la mañana siguiente, respiraba hondo, se iba temprano al trabajo y ansiaba, durante todo el día, que cayera la noche.

La señora Alexander, Chelita, una hermosa veracruzana de buena familia, que ocultaba su parentesco con el instigador de una famosa huelga inquilinaria realizada en el puerto, un demonio llamado Herón Proal, de extraña procedencia y que apodaron el Lenin mexicano, se encontraba fascinada con la encomienda otorgada a su Mirna, su niña de oro. Las hermanas menores, una más observante de la religión y la otra un poco menos, sentían que la presencia de los Kennedy en sus vidas sería un poco como recibir al Espíritu Santo. “No tanto”, les corregía la señora Chela, pero “casi”. “Es una bendición que nos envía nuestro difuntito. Sólo Dios sabe...”.

Y a Chela Alexander le reventaba en el recuerdo, como palomita de maíz, el sortilegio de los bailes de La Lonja en el puerto, asistidos por la mejor gente de Veracruz, o sea, aquellos iguales a ella y a sus hermanos, hijos de ricos hacendados.

A unos días de que el matrimonio Kennedy, en viaje oficial, pisara la Ciudad de México, Mirna conducía el chevy azul claro de su madre. Por las inmensas nubes negras y cargadas, se pronosticaba la amenaza de una lluvia poderosa. Las Alexander venían del salón de belleza,



Aubrey Beardsley, *The Peacock Skirt*, 1894



Aubrey Beardsley, *The Ascension of Saint Rose of Lima*, 1896

en donde las peinadoras habían ensayado la *coiffure* que Mirna exhibiría en la cena de Estado que ofrecerían los Kennedy a los López Mateos.

—Un tanto inflado, me parece, mamá. No es mi estilo.

—Mejor así, te ves mayor y por eso te apreciarán mejor los Kennedy, pensando que eres más grande de lo que eres.

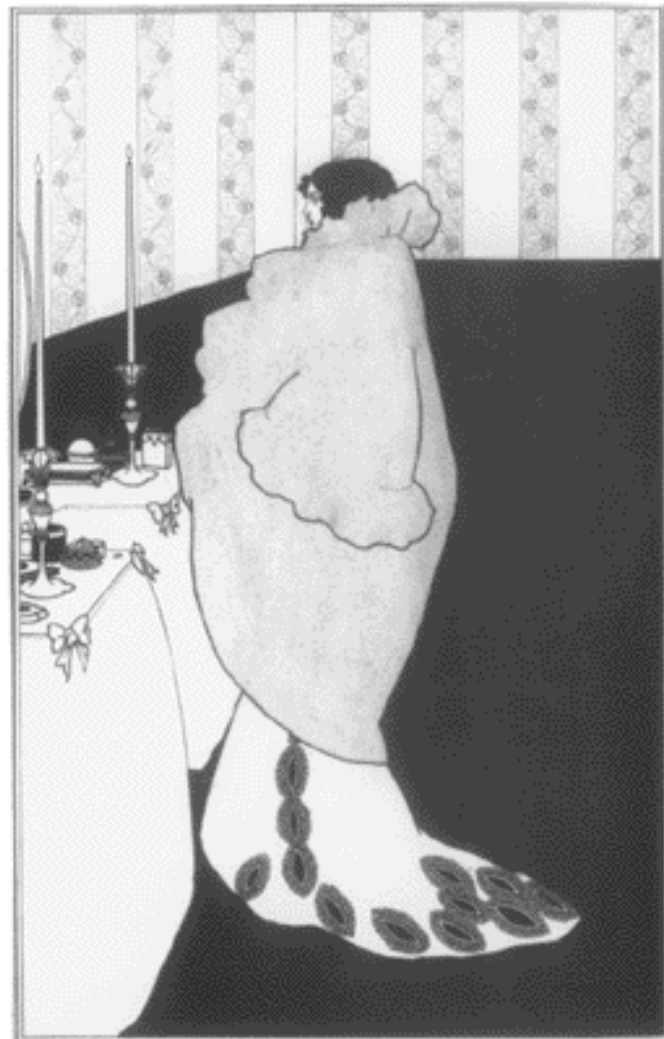
—Saben que soy una *senior*, mamá, saben, seguramente, que tengo dieciocho años.

—Como sea, luces guapísima, elegantísima, aristocrática diría yo. Ahora, mete hasta dentro el *clutch*, por favor, o vas a destruir la caja de velocidades.

Transitaban por la amplia y afrancesada avenida de la Reforma, escoltada por esculturas de personajes republicanos y desconocidos, y que imitaba a los Champs Élysées. La señora Alexander conminó a su hija a doblar

a la izquierda, adentrándose en la colonia Cuauhtémoc. A Mirna le tocaba ahora probarse el vestido de noche, de *soirée* agregaba su mamá, que le cosía un modista conocido, renegrido y amanerado, pero habilísimo y lleno de veleidades y de las muchas artimañas que requiere la *haute couture*. Empezó a lloviznar y uno de los limpiadores, el del lado del copiloto, se amodorró. Buscaban las dos mujeres la calle de Guadalquivir y, en algún momento, desembocaron en la de Nazas, la cual bajaba hacia el oriente en lugar de subir al poniente, hacia donde se ubicaba el *atelier* del costurero estilizado y pomposo. La madre descendió del auto y apresuró el paso “para no llegarle tarde a Leo, mientras tú buscas dónde estacionarte. No te dilates que me asusto”. De pronto dejó de llover y clareó con un sol mojado. Una parte del parabrisas se veía manchado, como si en lugar de agua hubiese caído ceniza. A la distancia, cerca del IFAL, Mirna, a

Mirna palpitaba de entusiasmo con la misión que se le había encomendado. Sus padres amanecían y anochecían henchidos de orgullo.

Aubrey Beardsley, *The Toilet of Salome*, 1894Aubrey Beardsley, *La Dame aux Camélias*, 1894

la búsqueda de un lugar para acomodar el coche, distinguió la figura característica de su Robin Lloyd. Miró por el retrovisor para cargarse a la derecha y pisó el acelerador, dispuesta a alcanzar al que le apremiaba el pulso cada vez que se lo topaba. Dobló sobre Río Danubio y al descender la ventanilla para llamar a Lloyd, lo avizó, con su paraguas cerrado en una mano y con su impermeable *Burberrys* apenas puesto sobre los hombros, en pleno *rendez-vous* con una mujerzuela a la que abrazaba con desfachatez, una verdadera prostituta, de pronunciados contornos, con un plasma como maquillaje. Mirna frenó en seco. Lo miró un rato más sin que él se percatara. Fue una escena repugnante, como de circo pobre. Mirna se mareó, así que se sujetó al manubrio del auto, mientras atrás un taxista desapercibido del drama e impaciente tocó el claxon, con ruda insistencia. A Mirna no le quedó otro remedio que avanzar, justo cuando Robin se disipaba en compañía de la trotacalles detrás de un edificio destartado. Muda y enredada en abigarrados sentimientos, a duras penas pudo encontrarle un sitio al coche, bastante lejos del *atelier* de Leo.

Las manchas de lluvia convertidas en polvo en los otros coches, comienzan a chorrear bajo el caudal de unos

borbotones de agua. Se ha soltado, ahora sí, un soberano aguacero y Mirna camina desprovista de paraguas y de equilibrio. Bajo el chubasco que la baña, frunce el semblante y se le descompone el rostro. La ungida que acompañará a la subyugante Jacqueline Kennedy, pulula como una aparecida, como un personaje lunar que desconoce todo a su alrededor. Piensa, tras la congoja que le raspa la glotis empujándola al vacío, suicidarse, de manera fácil y rápida, “como un comercial” se dice, “...que anuncia y se va. Lo mejor sería que me atropellara un carro, un golpe seco y luego, sobre mí, la nada”, urde la muy existencialista. Se consume. “Sufro por exclusión, porque me siento decepcionada, por asco de la tipa ésa. ¡Una prostituta, Dios mío!” Cruza las calles sin poner atención, ahíta de veneno, de rabia y de inmensas ganas de fundirse con el polvo y la lluvia que arrecia cada vez más. Los automovilistas la esquivan. Ella, bajo el denso chubasco, iluminada por los faros encendidos de los vehículos, se precipita hacia la muerte, disuelta por el agua, corrompida por los celos, desollada como un animal.

Casi media hora después, cuando Chelita Alexander estaba a punto de llamar a la policía, Mirna fue encon-

Pero lo único que ansiaba Mirna Alexander era dormirse tanto como le fuera posible. Necesitaba enterrarse en el sueño, mecida por los vapores de la calentura que le borraban la imagen pútrida de Robin y de la piruja.

trada por el asistente de Leo. Entró empapada como una t rucha, pálida y ojerosa. Un pinchazo le tensó el vientre . “Lo que me faltaba”. Sentada ya, atendida por su madre, por Leo, por el asistente y por la señora que hacía la limpieza del *atelier*, le dio un sorbo a una taza de té y reventó en llanto. “No es nada”, intentó tranquilizar a la señora Alexander, “simplemente *I’ve got my period, mom*”. Ante el misterio poderoso de la menstruación, la señora Alexander asentó sus ánimos, los cuales transitaron más de una vez por una fugaz desconfianza.

—Bueno, pero seguro podrás probarte el vestido para la cena de Estado. Es igualito al de Audrey Hepburn en *Breakfast at Tiffany’s*, sólo que en color durazno.

Y aquí la señora Alexander se olvidaba de la inquietud recién padecida, porque nada podía ser más asombroso que recibir a los Kennedy, una pareja de príncipes. Se extasió con sólo imaginar a su hija mayor a la vera de John y de Jacqueline.

El lunes Mirna no fue al colegio. Estornudaba con estallidos de saliva y flujos nasales y babas. Desde el sábado

por la mañana había comenzado a temblar de pies a cabeza, se le ensombrecieron las ojeras y se le agudizaron las incomodidades del periodo menstrual. Además, el pelo engrasado y escurrido, que su madre no le permitía lavarse por temor a que le aumentara la fiebre, le quitaba belleza. Ella deseaba morir ya, de sopetón. El solo hecho de avanzar hasta el baño que compartía con sus hermanas y cambiarse de *kotex* la dejaba floja y le arrojaba a la cama de inmediato, pero ovillada como un feto malformado, como el pobre George. La señora Alexander entraba a cada rato en su habitación para martirizarla metiéndole el termómetro bajo la axila y obligándola a dar sorbos a una taza siempre caliente de té de canela.

—Hijita, con esto y un par de aspirinas cada seis horas te vas a sentir mejor, ya verás.

Pero lo único que ansiaba Mirna Alexander era dormirse tanto como le fuera posible. Necesitaba enterrarse en el sueño, mecida por los vapores de la calentura que le borraban la imagen pútrida de Robin y de la piruja.

Dinorah la visitó por la tarde. Le llevó una revista *Seventeen* de regalo. La enferma se lo agradeció desde el fondo de su alma, a pesar de que su indisposición levantaba un puente entre ella y su compañera. No quería mantenerse despierta ni tampoco fingir que, fuera de su dolencia física, todo estaba en orden. Dinorah tuvo remordimientos. La cara compungida y enferma de Mirna la hizo imaginar que su amiga podría extinguirse ante sus ojos. No resistiría presenciar un trance semejante. Se despidió pronto, desde lejos, para evitar contagios. “Una espía debía saber cómo cuidarse”, razonó de camino a su casa.

Cuando cayó la noche, zumbó en el cuarto de Mirna el moderno teléfono color marfil, de una sola pieza, con el auricular integrado al adminículo que tenía una ligera forma de interrogación o de trompa de elefante desmembrada, cuyo extremo inferior llevaba el disco marcador como un vientre. “*Is that you, my Mexican cookie?*”, sonó del otro lado, en el vaivén de la bocina, y Mirna, entre mocos y voz enronquecida se precipitó en un llanto quedo y lastimoso. “Te odio Robin. Te vi la otra tarde, en la grata compañía de una puta. *I hate you, I really, really hate you*”. La tomó por sorpresa decir “puta” y aún así necesitaba enunciar el vocablo. Con eso dotaba de identidad a la mujer aquella y de paso la escarnecía. ■



Aubrey Beardsley, *The Slippers of Cinderella*, 1894